

Otfried Preußler

La pequeña bruja

Con ilustraciones de
WINNIE GEBHARDT-GAYLER



La pequeña bruja está enfadada

Érase una vez una pequeña bruja que tenía solo ciento veintisiete años, lo que, realmente, no es mucho para una bruja.

Vivía en una solitaria casa de bruja, en lo más profundo del bosque, la cual, al pertenecer a una bruja pequeña, no era precisamente muy grande. Pero a la



pequeña bruja le bastaba, pues no podía haber deseado una casa de bruja más bonita. Tenía un maravilloso tejado inclinado, una chimenea retorcida y unas contraventanas destartaladas. Detrás de la casa, separado de ella, había un horno. En realidad, solo había hecho falta una vez, pero una casa de bruja sin horno dejaría de ser una verdadera casa de bruja.

La pequeña bruja tenía un cuervo que sabía hablar. Era el cuervo Ajetreo. Y no solo sabía graznar «buenos días» y «buenas noches», como uno de esos cuervos vulgares que aprenden a hablar, sino también todo lo demás. La pequeña bruja apreciaba mucho esto, porque el cuervo era muy sabio y le daba su opinión sobre todas las cosas. Además, no tenía pelos en el pico.

Alrededor de seis horas diarias pasaba la pequeña bruja estudiando el arte de la brujería, que no es nada sencillo. Porque quien quiere llegar a ser alguien en el arte de embrujar no puede ser flojo. Primero, tiene que aprender todas las pequeñas muestras de habilidad en materia de brujería... y, más tarde, las importantes. Página a página debe estudiar el libro de la brujería y no debe saltarse un solo ejercicio.

De momento, la pequeña bruja no había pasado de la página doscientos trece del libro de brujería. Precisamente se estaba ejercitando en hacer llover. Sentada en un banco, delante del horno y con el libro de brujería en las rodillas, se dedicaba a hechizar. El cuervo Ajetreo, posado junto a ella, estaba descontento.

—Tienes que hacer que llueva —dijo con un graznido lleno de reproches—, y ¿qué embrujo haces tú?



Primero, haces llover ratones blancos; la segunda vez, ranas; la tercera, piñas de pino. Tengo curiosidad por saber si ahora conseguirás que caiga lluvia de verdad.

Entonces la pequeña bruja invocó la lluvia por cuarta vez. Hizo que una nube se remontara al cielo, le hizo señas de que se acercara y, cuando la nube estuvo justamente encima de ellos, gritó: «¡Llueve!»

La nube se abrió y llovió... leche.

—¡Ahora leche! —chilló Ajetreo—. Me parece que estás completamente loca. ¿Qué quieres hacer llover después? ¿Pinzas de la ropa, acaso? ¿Chinches? ¡Si al menos fueran migas de pan o pasas!

—Me habré equivocado al embrujar.

Eso le ocurría de vez en cuando. Pero nunca cuatro veces, una tras otra.

—¡Equivocarte! —graznó el cuervo Ajetreo—. Te diré en qué consisten tus equivocaciones: estás distraída. Cuando se piensa en todo lo habido y por haber mientras se está recitando un hechizo, no resulta. Tienes que prestar más atención a lo que estás haciendo.

—¿Tú crees? —apuntó la pequeña bruja.

Entonces cerró de golpe el libro de embrujar.

—Tienes razón —convino, disgustada—. Estoy de acuerdo en que no pongo los cinco sentidos en lo que estoy haciendo. ¿Y por qué? —Miró retadora al cuervo—. Porque estoy enfadada.

—¿Enfadada? —preguntó Ajetreo—. ¿Con quién?

—Estoy enfadada —prosiguió la pequeña bruja— porque hoy es la Noche de las Brujas, cuando todas se reúnen para bailar en el monte Block.

—Bueno... ¿y qué?

—Pues que según las brujas importantes, yo todavía soy demasiado joven para asistir a ese baile. No quieren que yo también vaya volando hasta el monte Block para bailar en su compañía.

El cuervo intentó entonces consolar a la pequeña bruja:

—No debes pretender que teniendo solo ciento veintisiete años, las brujas importantes, las grandes, te tomen en serio. Cuando seas algo mayor, todo se arreglará.

—¡Bah! —exclamó la pequeña bruja—. Yo quiero estar allí precisamente esta vez. ¿No lo comprendes?

—Lo que uno no puede hacer, debe quitárselo de la cabeza —graznó el cuervo—. ¿Es que van a cambiar



las cosas porque tú estés enfadada? ¡Piénsalo bien!
¡Tranquilízate! ¿Qué vas a hacer, si no?

—Yo ya sé lo que voy a hacer. Esta noche me voy a ir cabalgando al monte Block.

El cuervo se asustó.

—¿Al monte Block...? Pero si las grandes brujas te lo han prohibido terminantemente. Desean celebrar su baile únicamente entre ellas.

—¡Uy! Prohibir es decir mucho. Porque si uno no se deja atrapar...

—Te atraparán —profetizó el cuervo.

—¡Qué tonterías dices! No me uniré a las otras brujas hasta que estén en pleno baile... y antes de que hayan terminado me volveré cabalgando a casa. Con el tumulto que reinará esta noche en el monte Block no llamaré la atención.

¡Hurra. Noche de las Brujas!

La pequeña bruja no dejó que el cuervo Ajetreo le metiese miedo, y cuando oscureció, se trasladó cabalgando en su escoba al monte Block.

Todas las grandes brujas estaban allí reunidas. Bailaban y bailaban alrededor del fuego con los cabellos sueltos y las faldas flotando al viento. En total, debía de haber entre quinientas y seiscientas brujas: brujas del monte, del bosque, del pantano, de la niebla, del tiempo, del viento, de la sequía y de las hierbas. Todas danzaban blandiendo las escobas.

—¡Noche de las Brujas! —cantaban—. ¡Hurra, Noche de las Brujas!

Mientras tanto, murmuraban, cantaban, chillaban y hacían que tronase y cayesen rayos.

La pequeña bruja, sin ser vista, se mezcló entre las que bailaban.

—¡Hurra, Noche de las Brujas! —cantó, gritando a voz en cuello.

Dio vueltas con las demás alrededor del fuego a la vez que se decía: «Si Ajetreo me viese ahora, pondría unos ojos como platos».

Seguramente todo hubiera continuado tan bien como hasta entonces... si la pequeña bruja no se hubiese topado con su tía, la bruja del tiempo Sacudidas. La tía Sacudidas no aguantaba una burla. Era engreída y mala.

—¡Vaya! —exclamó al tropezarse con la pequeña bruja en mitad de la fiesta—. ¡Vaya sorpresa! ¿Qué buscas tú aquí? ¡Contesta! ¿No sabes que a las pequeñas les está prohibido acudir esta noche al monte Block?

—No me delates —suplicó asustada la pequeña bruja.

Tía Sacudidas replicó:

—¡Nada de eso! Todas las desvergonzadas deben ser castigadas.

Llenas de curiosidad, las otras brujas se acercaron a ambas, rodeándolas. La bruja del tiempo refirió indignada el hecho. Luego, preguntó a sus compañeras qué debían hacer con la pequeña bruja.

Las brujas de la niebla gritaron:

—Debe ser castigada.

Las brujas del monte chillaron:

—¡Llémosla ante la bruja jefa! ¡Inmediatamente, llémosla ante la bruja jefa!

—¡Claro! —exclamaron todas las brujas—. ¡Agarradla y llevadla ante ella, ante la bruja jefa!

De nada sirvieron las súplicas y ruegos de la pequeña bruja. La tía Sacudidas la agarró por el cuello y la arrastró hasta donde se encontraba la bruja jefa. Esta se acomodaba en cuclillas sobre un trono hecho de morillos, esos caballetes donde se apoya la leña de

las chimeneas. Con el ceño fruncido, escuchó a la bruja del tiempo. Luego echó un severo rapapolvo a la pequeña bruja:

—¿Tú te has atrevido a venir cabalgando en tu escoba al monte Block esta noche, pese a estar prohibido hacerlo a las brujas de tu edad? ¿Cómo se te ha ocurrido semejante locura?

Tiritando de miedo respondió la pequeña bruja:

—No lo sé. De repente, tuve tantas ganas de venir..., monté en la escoba y vine volando...

—Entonces vas a hacer el favor de volverte volando a casa —le ordenó la bruja jefa—. ¡Vamos! ¡Largo de aquí y cuanto antes, mejor! De lo contrario, me enfadaré contigo.

La pequeña bruja se dio cuenta de que con la bruja jefa se podía hablar razonablemente.

—Entonces ¿podré venir el próximo año a bailar con vosotras? —preguntó.

—¡Ya veremos! —consideró la bruja jefa—. En este momento no puedo prometerte nada. Pero si para entonces te has convertido ya en una buena bruja, quizá sea posible. Convocaré el día antes de la próxima Noche un consejo de brujas y te examinaré. Pero te advierto que el examen no será fácil.

—¡Muchas gracias! Te estoy muy agradecida.

Y prometió que durante el siguiente año se convertiría en una buena bruja. Luego saltó sobre su escoba y quiso irse cabalgando a su casa. Pero Sacudidas, la bruja del tiempo, preguntó a la bruja jefa:



—Pero ¿es que no vas a castigar a esta desvergonzada?

—¡Castígala! —azuzaron las otras brujas del tiempo.

—¡Castígala! —exclamaron también las restantes—. Hay que guardar la disciplina. Quien viene al baile de las brujas pese a no estarle permitido, debe recibir una buena lección.

—Como castigo podríamos dejarla un rato muy cerquita del fuego —propuso la tía Sacudidas.

—¿Qué tal estaría que la tuviésemos unas semanas encerrada? —aconsejó la bruja de la sequía—. Tengo en casa un sitio para guardar gansos que está vacío...

Una bruja del pantano exclamó:



—Se me ocurre algo mejor. Déjadmela a mí y la hundiré hasta el cuello en un agujero hecho en el barro.

—No —replicaron las brujas de las hierbas—, nosotras le arañaremos la cara como es debido.

—Eso por añadidura —gruñeron las brujas del viento—. Pero antes debe recibir unos cuantos azotes.

—Con varas de sauce —silbaron las brujas del monte.

—Pero usad además las escobas —aconsejó la tía Sacudidas.

La pequeña bruja tenía un miedo horrible. Estaba muy inquieta. ¡Buena la había hecho!

—¡Cuidado! —advirtió la bruja jefa cuando todas las demás hubieron dado su opinión—. Si vosotras exigís que la pequeña bruja sea castigada...

—Lo exigimos —gritaron las brujas a coro.

La bruja que gritó con voz más fuerte fue la tía Sacudidas.



—Entonces propongo —apuntó la bruja jefa— que le quiten simplemente la escoba y la mandéis de vuelta a pie a su casa. Así tendrá que caminar tres días con sus correspondientes noches hasta llegar a su bosque... Eso será suficiente.

—¡No es bastante! —protestó Sacudidas, la bruja del tiempo.

Pero las demás pensaron que, en realidad, con aquel castigo ya podían dejar a la pequeña bruja volver a casa. Así pues, le quitaron la escoba, se la arrojaron al fuego en medio de burlas y, con malísima intención, le desearon buen viaje.